

Serie: Premios Literarios Universidad de Sevilla
Modalidad: Teatro
Núm.: 4

Este original ha sido galardonado con un Accésit de Teatro, correspondiente al V Certamen Literario de la Universidad de Sevilla en 1998, siendo el jurado de este premio: como Presidente, D. Adolfo L. González Rodríguez, Vicerrector de Relaciones Institucionales y Extensión Cultural. Como Vocales, D. Rafael Portillo García, D. Pedro Álvarez-Ossorio y D. Carlos Leal Zubiete. Actuando como Secretario, D. Agustín Martos Aguilera, Jefe de la Sección de Extensión Universitaria.

*A María, mi abuela, un espíritu puro.
A mis padres.*

Reservados todos los derechos. Ni la totalidad ni parte de este libro puede reproducirse o transmitirse por ningún procedimiento electrónico o mecánico, incluyendo fotocopia, grabación magnética o cualquier almacenamiento de información y sistema de recuperación, sin permiso escrito del Secretariado de Publicaciones de la Universidad de Sevilla.

Diseño de cubierta: Manuel Márquez

- © UNIVERSIDAD DE SEVILLA
Secretariado de Publicaciones, 1999
C/ Porvenir, 27. 41013 Sevilla.
Teléfonos: 954 48 74 46 - 954 48 74 51. Fax: 954 48 74 43
E-Mail: secpub2@usrec.us.es
- © DIANA DE PACO SERRRANO, 1999

Printed in Spain. Impreso en España
ISBN: 84 - 472 - 0525 - 8
Depósito legal: S. 543 - 1999
EUROPA ARTES GRÁFICAS, S. A.
Sánchez Llevot, 1
37005 Salamanca

ALFREDO
MARÍA
HOMBRE 1
HOMBRE 2
HOMBRE 3
ARQUITECTO
VOZ

SEMINARIO MULTIDISCIPLINARIO
JOSE EMILIO GONZALEZ
FACULTAD DE HUMANIDADES
UNIVERSIDAD DE PUERTO RICO
RECINTO DE RIO PIEDRAS

I

(El interior de una amplia habitación. El espacio es irregular; las paredes están recubiertas de una especie de metal azulado. En el lado derecho hay una cama de hierro y una mesita de noche. La pared se prolonga hacia el fondo; el metal azulado es sustituido en una parte por pequeños azulejos, también azules, como el fondo de una piscina. De esta parte cuelga un espejo. Enfrente un lavabo y un armario. En medio de la habitación se encuentra un escritorio, también de un material azulado, sobre él una máquina de escribir. En la parte derecha hay unas sillas, desordenadas. Al fondo se distinguen otras mesas, un ordenador y algunos armarios cerrados. La parte del fondo que queda vacía está cubierta con una cortina de gasa o tul negro donde se dibujarán las sombras de los personajes que se coloquen tras ella. El techo está también cubierto con el material metálico. Cañerías y algún foco. En el centro se dibuja una trampilla cuadrada. Está cerrada. Sobre la cama duerme un hombre. La habitación está en penumbra.)

ALFREDO.- (Se despierta de pronto, como sobresaltado por una pesadilla y se incorpora. Respira con dificultad y está sudando. Su rostro refleja un cierto temor. Permanece en la misma postura unos segundos; después coge una linterna que hay sobre la mesilla, se levanta, la enciende y recorre la habitación con el haz de luz, sin moverse; vuelve a sentarse en el borde de la cama, se enfoca la cara y después la palma de la mano que proyecta hacia su cara como un espejo. Hace sutiles gestos que poco a poco van siendo más exagerados. Se levanta despacio y recorre la habitación. El silencio es asfixiante.) ¿Hola? (Pausa.) ¿Hoolaa? (Se detiene. Examina su alrededor

con la mirada, acompañado de la luz de la linterna. Sigue buscando. Debajo de la mesa, debajo de la cama, como si jugara al escondite. Tras recorrer la habitación se acerca a la pared donde hay una palanca de hierro. Se prepara para conectarla, mientras la empuja. Grita.) ¡Hoooooaaaa! (Se ha iluminado toda la habitación con los focos del techo. Ahora se distingue bien a un hombre de mediana edad, muy delgado, que viste camiseta y calzoncillos. Apaga la linterna y se dirige hacia la cama sobre la que hay unos pantalones. Deja la linterna en la mesilla de noche.) Sabía que era un sueño, aunque por un momento he creído que por fin hoy os habíais decidido. Me fastidian estos sueños porque me hago ilusiones y luego... Menos mal que ya no debe de faltar mucho. De todas formas en este sueño no he reconocido a nadie. Me parece que al final va a ser así... pero qué más da que os conozca o no, el caso es que nos encontremos aquí. (Mientras habla se va vistiendo, se acerca al espejo y se alisa el cabello con las manos, le habla a su imagen en tono jocoso.) ¡Que has vuelto a soñar, hombre! ¿Qué te pasa? Estás pálido esta mañana. Que no..., que no te asustes, ¿no ves lo bien que lo estamos haciendo...? Ahora..., ahora vamos a poner la cruz ¿vale? (Se acerca a la pared. En un lateral hay pintadas dos enormes cruces en blanco. En el suelo hay un bote de pintura y una brocha. Abre el bote con dificultad y moja en él la brocha, se dispone a pintar una cruz más.) Si yo sabía que hoy no había venido nadie, pero tú te empeñas en soñar que sí, y que sí... ¿ves? ya hemos contado un días más: Una, dos y... ¡TRES! (Pausa. Una vez dibujada la cruz cierra el bote y deja la brocha sobre él.) Mañana más. ¿Qué? ...Que te aburres... Sí, sí, tienes razón. Empiezan a ser monótonas estas cruces blancas. No te preocupes, en peores me he visto. Una, dos, y... TRES. Mañana más. (Pausa.) Tres días, tres días llevamos aquí encerrados, ¿no es emocionante? (Pausa.) ¿Pensabas tú que no lo íbamos a conseguir? No te lo reprocho, todos pensaban así, incluso yo -he de reconocerlo- lo pensaba. Pero mira: Una, dos, y... TRES. Tres días amigo, tres días llevamos aquí encerrados... ¡Vamos, hombre, vamos! ¿Te crees que yo no me desespero? (Se vuelve a mirar al espejo.) Mira qué cara... Eres un tío valiente, un macho. Tú no tienes miedo. (Niega

con la cabeza y con el dedo.) No, no, no... tú no tienes miedo, que nadie se crea que tú tienes miedo. (Se pone las manos como una bocina en la boca y mira hacia el techo.) ¡Ehhh, nosotros no tenemos ni una pizca de miedo...! (Se vuelve a mirar al espejo y sin decir nada niega con la cabeza, como autoconvenciéndose. Después se dirige hacia un armario.) Bueno, bueno... Ya sé lo que te apetece ahora, sí, he pensado en todo. ¡Café! ¡Qué bueno, qué bueno está el café por la mañana, calentito, con ese aroma..., el nuestro, el de los muy cafeteros! (Ríe. Abre un armario y saca dos tazas con dos platos. Las mira y deja una de ellas. Pone la otra en la mesilla. Abre otro armario, coge un bote de café soluble y echa un poco en la taza, después abre el grifo del agua caliente y la deja correr mientras hace la cama.) En teoría el agua tiene que salir caliente en unos segundos. (Pausa.) Tengo un hornillo de esos de pic-nic, pero con todo este lío no he encontrado dónde lo guardamos. Da igual ¿no? Así también está bueno... Cuando estaba en la mili me lo hacía siempre así, a escondidas, cuando no podía dormir... ¡Qué asco de mili! Lo pasé fatal, encima como era un enclenque... pues eso, hacían conmigo lo que querían... La prestación no la pude hacer; ^{no ir a la mili y hacer otros trabajos} dejé pasar todos los plazos, pensaba que no me iban a llamar y un día... ¡a las filas! Y yo que creía que me iba a librar. Me podía haber librado por lo de la cabeza, pero entonces todavía no lo sabía seguro. Sí, me había pasado alguna cosilla rara: dolorcillos, mareos... pero no creía yo que... En fin, que hice la mili; lo pasé fatal pero aprendí a beber café soluble con agua del grifo y a apreciarlo como si fuera el mejor grano de colombia elaborado por Juan Valdés y hecho en una de esas "espresso" italianas. ¿Te das cuenta? Para que luego digan que la mili es inútil. De todas formas me debía haber librado, para lo que me ha servido... Y a mí me da igual, pero a los otros... Al cabo no sé qué y al sargento no sé cuántos... Y yo no los critico, a cada uno le gusta una cosa. Pero a mí me metieron casi por la fuerza y como era muy poquita cosa pues todo me caía encima... Y, al final, mira, tanta mili y tanta leche y luego con una bombita de nada nos vamos todos a la mierda, ¿ves? (Enciende y apaga la linterna.) Es tan fácil como hacer esto. Y ya está. (Pausa. Ha terminado de hacer la cama, coge

la taza y la llena de agua, cierra el grifo y la vuelve a dejar sobre la mesilla. Se cuadra.) A sus órdenes mi sargento. Si quiere algo más estaré por aquí. Haciendo la guardia. No se ve nada mi sargento, está todo tranquilo. (Ríe.) Y no ha de estarlo... Oye, ¿sabes que yo también me estoy aburriendo un poco? Y es que no quiero leer, porque cuando leo me empiezan a venir recuerdos y me pongo nostálgico: ...que si los paisajes verdes y el lago donde pasaban el verano..., que si el bar donde siempre iba el protagonista y donde un día la encontró a ella..., que si una ciudad con calles estrechas alumbrada con los farolillos de la feria de septiembre... Parece una tontería pero me pongo muy triste. Y si pongo el casete me dicen que soy un carca. Pero es que a mí la música italiana me encanta, me gusta mucho, muchísimo. Me acuerdo cómo se enfadaba ella cuando la ponía (Imita una voz.) ¿Es que no tienes otra cosa? ¿No sabes que hay otros tipos de música, más modernos, más... bueno, menos dulzones que esto? Y yo convencido de que donde estuviera el *sapore di mare*... que se quitaran todos esos que cantan en inglés. Yo siempre he sido así ¿sabes? Ni moderno, ni tampoco chapado a la antigua, normalito... mediocre. Ahora puedo oír lo que me dé la gana, así que no me vengas con monsergas, por algo estoy aquí solo. (Pausa. Va hacia el escritorio. Se sienta y saca unos folios del cajón.) Es como lo de los ordenadores... Pues sí que es verdad que están muy bien y que todo eso de los megas y la memoria tiene su utilidad, pero yo donde vaya me llevo mi "olivetti" y tan contento. (Pausa. Mete el folio en la máquina de escribir.) Sí, sí, es verdad. Tengo que reconocer que al final he cedido un poco; bueno, algo más que un poco. He querido ser más moderno que nadie, pero esto es otra historia. Hay que adaptarse sin perder las raíces, ¿no es eso? (Se da la vuelta en la silla rotatoria. Queda mirando hacia la cama.) Yo también empiezo a aburrirme, ya te lo he dicho. Por eso he pensado escribir mis memorias. ¿Desde que era un niño? No, no creo. Veremos a ver lo que sale. Yo para esto de escribir tampoco es que sea un genio... alguna vez he escrito algún articulillo que luego ni siquiera se ha publicado, algo decente..., normalito. (Comienza a escribir. Despacio. Cada vez más inspirado. Sigue escribiendo. Mien-

tras, tras la cortina negra, ha aparecido una sombra. Es una mujer joven. Sale de detrás de la cortina y avanza despacio junto al escritorio. Se detiene al lado de ALFREDO, que continúa en su labor sin hacer caso. La mujer se acerca a la mesilla, coge la taza y la mira, la vuelve a dejar en su sitio. Desde allí se dirige a ALFREDO.)

MARÍA.- No te has tomado el café.

ALFREDO.- ¡Anda! (Se vuelve sentado en la silla.) ¡Has venido!

MARÍA.- Te has vuelto a dejar el café sin tocar. No sé para qué te lo haces.

ALFREDO.- Ya sabes, manías. (Pausa.) Me extrañaba que tardaran tanto, y no era precisamente a ti a quien esperaba. ¿Cómo es que has venido?

MARÍA.- ¿No me has llamado?

ALFREDO.- Bueno, los he llamado, pero ya te digo que precisamente tú... Además hace días que estoy esperando. A ti hace meses que te dije que me acompañaras y no quisiste.

MARÍA.- Eso ahora no viene a cuento.

ALFREDO.- ¿Por qué no?

MARÍA.- Porque ya ha pasado.

ALFREDO.- Entonces no me vengas con que me he dejado el café. Eso también es agua pasada. Hace muchos meses que no tienes nada que ver ni conmigo ni con mi café.

MARÍA.- ¡Qué bien has aprendido la lección!

ALFREDO.- Por fuerza. Y ahora, ¿por qué has venido?

MARÍA.- Tú has querido que lo hiciera. Estoy segura.

ALFREDO.- Lo dudo mucho. Yo estaba aquí tan tranquilo, escribiendo y esperando y de repente apareces tú, examinándolo todo y me sueltas lo del café.

MARÍA.- ¿Qué escribes?

ALFREDO.- Mis memorias, tal vez.

MARÍA.- Pero si tú no sabes escribir. Además siempre te ha parecido absurdo eso de escribir.

ALFREDO.- He cambiado. Y esto no es una novela, son mis memorias, mi vida escrita por mí mismo. Lo de que no sé escribir va en opiniones, tú no lo puedes saber porque nunca has leído una sola línea que haya escrito yo.

MARÍA.- ¿Tú has escrito alguna vez algo? Ni siquiera las cartas... Siempre te lo he hecho yo. Bueno, primero yo...; luego, Dios sabe quién.

ALFREDO.- Déjalo, haz el favor.

MARÍA.- (*Se acerca a la máquina de escribir y mira el folio que hay dentro, como queriendo leer.*) No te enfades, y dime por dónde ibas cuando te he interrumpido.

ALFREDO.- (*Duda.*) No sé, no me acuerdo bien... Es sólo un borrador... Creo que ahora estaba en el momento en que te negaste a acompañarme. Bueno, cuando una vez más me dijiste que no y te marchaste y después...

MARÍA.- Ya lo sé. ¿Ves?

ALFREDO.- ¿Qué tengo que ver?

MARÍA.- Que me estabas recordando.

ALFREDO.- Estás muy pálida.

MARÍA.- Tampoco tú tienes muy buen color.

ALFREDO.- Es diferente.

MARÍA.- Quizá.

ALFREDO.- (*Se levanta y se mira al espejo. Ella lo sigue con la mirada.*) Es extraño, no estoy tan sorprendido como debiera. Y el caso es que sabía que antes o después te arrepentirías de lo que hiciste. ¿Por qué no en su momento? Has necesitado mucho tiempo para decidirte.

MARÍA.- No quise y no quiero, aunque se volviera a repetir la misma ocasión. ¿Qué ganas tú con esto?

ALFREDO.- ¿Cómo que qué gano? ¿Te parece poco? Mírame. Estoy vivo ¿no? Pues eso es lo que he ganado. (*Pausa. Pensativo.*) Pero, oye, en serio: ¿Cómo has conseguido tú llegar hasta aquí, encontrarme, entrar...?

MARÍA.- No cambies de tema. Respóndeme a lo que te he preguntado. ¿Qué has ganado? Estás aquí solo y, aunque intentes disimularlo, se nota mucho que estás desesperado. Muerto de miedo y haciendo cruces en las paredes.

ALFREDO.- (*Tajante pero incrédulo.*) Ni estoy desesperado, ni tengo miedo. Tengo esperanza, confío en que venga alguien. ¿Ves? Tú, por ejemplo, al final no has podido resistirte, tú sabrás cómo lo has hecho.

MARÍA.- ¿Y tus amigos?

ALFREDO.- Se echaron atrás en el último momento.

MARÍA.- ¿En el último momento?

ALFREDO.- Bueno, la verdad es que nunca estuvieron muy convencidos. Creo que llegaron a pensar que me había vuelto completamente loco, aunque ellos nunca supieron lo que me sucedía, ¿no? De todas maneras la idea les pareció disparatada.

MARÍA.- Y cuando yo me fui, ¿qué les dijiste?

ALFREDO.- Y qué les iba a decir. Que te habías marchado. La verdad.

MARÍA.- ¿La verdad, sin más?

ALFREDO.- ¿Qué mas querías que les dijera? ¿Que me habías abandonado porque no podías soportar que tuviera problemas? Les dije que te salió un buen trabajo y ya está. Yo pude superarlo todo; al final me recuperé de tu huida y de todo lo demás.

MARÍA.- (*Impasible.*) No sabes cuánto me alegro. (*Pausa.*) Lo que me extraña es que ninguno quisiera acompañarte. (*Ríe.*) Nunca pensé que fueran más sensatos que tú.

ALFREDO.- Eres muy graciosa. (Pausa.) Yo pienso que no me creyeron capaz de hacerlo. Pensaron que era una rabieta y que se me pasaría.

(Mientras hablan, han aparecido tras la cortina tres nuevas siluetas. Tres hombres. Salen a escena despacio mientras Alfredo pronuncia sus últimas palabras. Están igual de pálidos que María. Visten traje de chaqueta negro y pajarita. Poco a poco han rodeado a ALFREDO.)

HOMBRE 1.- ¿Tú que hubieras hecho?

HOMBRE 2.- Vamos, hombre, contéstale.

HOMBRE 3.- ¿Has visto? ¿Ves como era una locura?

HOMBRE 1.- Te ha perdido la ambición...

HOMBRE 2.- ... o el miedo...

HOMBRE 3.- ... delirabas...

ALFREDO.- (Los aparta y se coloca frente a ellos.) ¡Pues no! De nuevo os equivocáis. Ni soy ambicioso, ni tengo miedo, ni he delirado nunca. Aprecio mi vida y no es justo morir todavía. Yo he sufrido mucho. Mi mujer... bueno ya lo sabéis... (MARÍA ha ido retrocediendo hasta llegar a la cama. Se tumba en ella. Mientras, los tres HOMBRES primero y ALFREDO detrás han ido andando hacia la parte izquierda de la habitación donde están las sillas. Cada uno ha cogido una y se han sentado en círculo, quedando los tres juntos frente a ALFREDO.) He pensado en esto durante mucho tiempo, no vayáis a creer que he tomado una decisión a tontas y a locas, pero al final estoy convencido de que debo hacerlo. Yo quiero seguir viviendo...

HOMBRE 1.- ¡Vamos, hombre, no exageres! Las cosas no están tan mal.

HOMBRE 2.- Míralo de otra manera...

ALFREDO.- ¿Y cómo quieres que lo mire? Escuchad, estoy absolutamente decidido. María murió por culpa de esta guerra, ¿no deseáis que termine esto? ¿No os sentís manejados e inútiles?

HOMBRE 3.- María se metió donde nadie la llamaba.

ALFREDO.- Eso no lo digas, estaba en su trabajo.

HOMBRE 2.- Su trabajo lo eligió ella, perfectamente se podía haber quedado aquí contigo ¿no?

ALFREDO.- Tenía sus razones.

HOMBRE 3.- ¿Cuáles?

ALFREDO.- Ella las tenía, a mí no me preguntes.

HOMBRE 1.- Bueno, dejad que siga hablando.

HOMBRE 3.- Eso, continúa. Si no, no vas a terminar nunca.

ALFREDO.- No quiero que nos ocurra como a ella, no quiero dejar a nadie decidir por mí. Está bien, María se lo buscó porque eligió un trabajo arriesgado. Pero nosotros no, nosotros estamos aquí, y lo único que hacemos es ir de la oficina a casa y de casa a la oficina, sin molestar a nadie, sin meternos con nadie. Y un día ¡zas!, nos toca a nosotros también y se acabó. ¿Qué me dices?

HOMBRE 2.- También te puede pillar un coche.

ALFREDO.- (Exasperado.) ¡No es lo mismo!

HOMBRE 3.- (Irónico.) Es el destino. ¿Nunca te han dicho que lo que te toque te ha tocado? Cada uno ha de resignarse con lo suyo.

ALFREDO.- Parece mentira que seáis vosotros los que me decís esto. Vosotros, que siempre me habéis reprochado que me quedara parado sin hacer nada cuando me pasaban por delante las oportunidades.

HOMBRE 2.- Vamos, Alfredo, eso es distinto. Una cosa es que no te intereses por conseguir un puesto mejor, porque, según tú, "si no te lo ofrecen es que no te lo mereces", o que dejes a tu mujer que se largue sin más, ¿o no? Pero esto... Esto pasa de castaño a oscuro...

ALFREDO.- (Abatido.) Esto es mucho más importante. Se trata de vivir.

HOMBRE 3.- Pero, hombre, ¿qué te pasa? Te digo que no es tan grave.

ALFREDO.- (*Irritado, casi histérico.*) ¿Que no es tan grave? ¿Que no es tan grave? ¡Lo he oído en la radio, lo he visto en la tele, lo he leído en los periódicos! Hay antecedentes... La segunda guerra mundial, ¿recordáis?: Iroshima, Nagashaki. ¿Y no es tan grave? ¡Ahora es mucho peor! ¡Esta vez nos toca a nosotros! ¡En esta ocasión nos vamos todos a la mierda! (*Pausa.*) Yo ya lo he decidido. Sé que, dentro de poco, un día, una fecha se volverá a convertir en historia. Es posible que salgamos en las enciclopedias pero de qué nos va a servir... Es gracioso, serán nuestros hijos, y los hijos de nuestros hijos los que tengan que repetir en un examen la fecha en que sus abuelos quedaron reducidos a cenizas. El día en que un loco cegado por la ambición decidió que quería terminar con todo porque otro imbécil le había tocado los... ¿y qué pintamos nosotros en medio de todo esto? Y si ni siquiera hay una persona que sobreviva, entonces no quedará escrito y nadie lo estudiará, será el final. Yo no estoy dispuesto.

HOMBRE 3.- (*Aplaudes, irónico.*) ¡Patético!

HOMBRE 2.- Oye, déjalo en paz, no seas cruel, ¿no ves que se lo ha tomado muy en serio?

HOMBRE 1.- Sea como sea, ni tus hijos, ni los míos tendrán que estudiar esa historia, si es que las cosas ocurren como tú crees. De suceder así, nadie quedará para contar nada.

ALFREDO.- (*Ilusionado.*) Pues de eso se trata, ese es mi plan, que quede alguien para contarlo, que hagamos historia y que no permitamos que nadie decida cuándo hay que terminar.

HOMBRE 3.- Y cómo crees que vas a conseguir tú eso.

ALFREDO.- Es que no me dejáis. Para eso os he llamado, para desvelaros mi secreto. Hace tiempo, hace unos meses leí en una revista científica que en Estados Unidos ya habían hecho una prueba real y que se estaban empezando a comercializar. ¡Los americanos siempre van por delante... en todo!

(*Baja la luz en la parte donde se sitúan los HOMBRES y se ilumina tenuemente toda la habitación. Los cuatro han quedado inmóviles en la misma posición. El HOMBRE 1 se levanta, paseando despacio en dirección a la cama, comienza a relatar con un tono irónico y compasivo.*)

HOMBRE 1.- ...Eso le había dado la clave. ¡Dichosos americanos!, eso le había hecho comprender que, si bien el peligro de una catástrofe nuclear era, como él sospechaba, inminente, por otra parte las posibilidades de salvarse existían y él, no sé por qué razón, se había obsesionado en aprovecharlas. (*MARÍA, que continuaba en la cama se ha ido incorporando y se dirige al HOMBRE.*) He llegado a creer que lo que Alfredo deseaba era que esto sucediera y sentirse un héroe entre todos.

MARÍA.- Él, que nunca movía un dedo por nada... ¿no es así?

HOMBRE 1.- Dijo que lo quería hacer por ti, que te lo debía, que tenía que demostrar que era un luchador.

MARÍA.- No ha sabido hacer las cosas en su momento y luego... ya ves. ¿Por qué no le ayudasteis? Lo dejasteis solo.

HOMBRE 1.- Me lo preguntas tú. Me asombras. ¿Acaso no hiciste lo mismo?

MARÍA.- Tú mejor que nadie sabes que me vi obligada a marcharme.

HOMBRE 1.- Qué fácil excusa.

MARÍA.- Me hablas así porque en el fondo a ti te dolió igual.

HOMBRE 1.- ¡Qué tontería! Yo olvidé rápido.

MARÍA.- ¿Para siempre?

HOMBRE 1.- Para siempre. Aunque no te puedo negar que me costó comprenderte y borrar de mi mente, sobre todo con tu marido siempre recordando la misma historia.

MARÍA.- No fue culpa mía, me tuve que marchar.

HOMBRE 1.- ¿Por él?

MARÍA.- Por todo. Me obligasteis.

(MARÍA y el HOMBRE 1 se acercan frente a frente, pegan las palmas de sus manos y juntan sus perfiles hasta rozarse. Quietos. ALFREDO, mientras, se ha levantado, los mira de paso, se sienta en la máquina de escribir y prosigue con su labor. Silencio. Se escuchan sólo el teclear de la "olivetti". De repente se detiene y se dirige a la pareja, sin levantarse.)

ALFREDO.- ¡Por mí, no fue! Que quede claro que por mí, no fue. (Continúa escribiendo.) O, al menos, sólo por mí. ¡Vamos! Ni que yo fuera idiota y no me diera cuenta de las cosas...

MARÍA.- (Deja caer sus manos. Se aleja un poco del HOMBRE 1, pero continúa frente a él.) ¿Qué podía yo hacer? Las soluciones no eran muy prometedoras: o continuar junto a ese pobre loco, maníaco, paranoico o como quiera que se llame o... marcharme. Pero no fue sólo eso, no, y tú lo sabes. (Dirigiéndose a ALFREDO.) A tus amigos les mentiste, a mí no. Les engañaste haciéndoles creer que querías construir el dichoso refugio porque deseabas seguir vivo, disfrutar esos años que la guerra me arrebató a mí, vengarte de todos y demostrar que tú sí podías enfrentarte a los problemas.

HOMBRE 1.- Eso nos dijo.

ALFREDO.- (Deja de escribir y los mira.) Sí, lo dije y en parte es la verdad.

MARÍA.- No hace falta que sigas engañando. Lo tuyo era una obsesión, una patología y tú no quisiste reconocerlo, ni siquiera dejaste que te acompañara a un médico. ¿Cuál era el papel reservado para mí? Miedo a la soledad, un instinto hiperdesarrollado de supervivencia y además, no lo olvidemos, una gran dosis de egoísmo y amor propio, que enmascarabas con esa ridícula inseguridad que te caracteriza.

ALFREDO.- (Se levanta.) Y por eso te marchaste.

MARÍA.- Qué hacer... A ti te hubiera gustado que me quedara a tu lado, sentada, haciendo molde, como hacía tu madre. Pero yo no tengo la paciencia de tu madre y me sacaba de mis casillas contemplarte así, cada día más pálido, desencajado por un miedo irracio-

nal, enfermo. Porque eso, lo llares tú como lo llares, es una enfermedad y muy grave. De médicos no podía ni hablar y tú cada día peor, un día te perseguían y a malas penas conseguías llegar a casa, en otra ocasión todos los coches de la autopista se habían propuesto arrollarte, ¡cientos de conductores suicidas!, y María, por más que intentaba verlos, no conseguía ver nada más que las eses que ibas haciendo para esquivar a tus fantasmas...

ALFREDO.- Tú estabas de acuerdo conmigo en que era el cansancio, que era sólo cuestión de reposo. Cuando se lo contamos a mi madre también lo entendió. Ella sí que me ayudó después, cuando te marchaste.

MARÍA.- Tu madre es tu madre. Si su niño veía fantasmas también ella los veía; y yo ¿qué iba a hacer? Se me estaba yendo de las manos, encerrada allí contigo, sin poder hablar con nadie, expuesta a que ocurriera... a que ocurriera lo que finalmente pasó, cuando ya no supiste controlarte ni siquiera conmigo.

HOMBRE 1.- (Ha permanecido impasible hasta ahora. La interrumpe.) ¿Es necesario todo esto ahora?

ALFREDO.- Tú, cállate.

HOMBRE 1.- Sólo quería ahorrártelo.

ALFREDO.- ¿Te crees que no sé por qué no se marchó antes?

MARÍA.- Alfredo, eso no tiene nada que ver.

ALFREDO.- Escúchame un momento, ven. (La va a coger de la mano, ella lo evita, se miran un instante.) Ven, sentémonos. (Se acercan a la cama, sin rozarse, se sientan en ella. El HOMBRE 1 se va a sentar con los otros dos. Se ilumina sólo la parte derecha, donde están ALFREDO y MARÍA.) Tranquilicémonos. Te he de reconocer que antes de lo tuyo ya había pensado en construir el refugio y también que tuve comportamientos que no eran muy normales.

MARÍA.- (Con lástima.) Estabas histérico, como hipnotizado, te pedí mil veces, te rogué que buscaras ayuda.

ALFREDO.- No había necesidad. Mira qué bien me encuentro ahora, fue algo transitorio, debiste tener paciencia.

MARÍA.- ¿Paciencia para qué? ¿Para que un enfermo lleno de fobias acabara conmigo? (Pausa.) Aquella noche fue definitiva.

ALFREDO.- ¿Tan importante ha sido para ti?

MARÍA.- Esa noche, cuando volviste te ocurrió de nuevo, otro de tus pequeños ataques transitorios, si quieres que lo llame así, pero me confundiste con no sé quién y casi me matas.

ALFREDO.- ¿Y no te he pedido perdón una y mil veces? ¿No te llevé rápidamente a un hospital? Mira, cuando volví a casa creí ver a dos hombres en el garaje. Tuve miedo, pensé que estaban robando, que tal vez te harían daño a ti, si estabas dentro de la casa.

MARÍA.- Sí, todo eso me lo has dicho cien veces. No es suficiente.

ALFREDO.- En cambio no había ningún ladrón, eras tú, que acababas de llegar. Cuando te golpeé...

MARÍA.- Oíste mi voz, tuviste que reconocerme al escuchar mis gritos...

ALFREDO.- (Viviendo el momento. Se levanta.) ¡Pues claro que te reconocí! Fue una confusión en la oscuridad. Te reconocí e inmediatamente te monté en el coche. Me di cuenta de que te había hecho daño, estabas sangrado, pero fue para defenderte... ¿crees que no me he avergonzado cientos de veces por lo que ocurrió? Al principio no distinguí tu voz, y luego, luego cuando caíste al suelo gritando..., entonces me di cuenta de lo que había hecho, te lo repito, me di cuenta y salí corriendo contigo.

MARÍA.- ¿Y el otro?

ALFREDO.- ¿Qué otro?

MARÍA.- ¿No dices que viste dos sombras?

ALFREDO.- Tal vez sí. Pero no había nadie más.

MARÍA.- ¿Estás seguro?

(El HOMBRE 1 se levanta, la mira alarmado desde su sitio. Después observa a ALFREDO que vuelve hacia su máquina de escribir.)

Se ilumina el lugar donde están los tres amigos. El HOMBRE 1 se vuelve a sentar.)

HOMBRE 3.- ¿Será capaz?

HOMBRE 2.- Pues claro, hace tiempo que ha perdido la cabeza.

HOMBRE 1.- Dejad que haga lo que quiera, a fin de cuentas para lo único que le va a servir es para gastar todo el dinero que tiene. Y ahí se quedará; cuando se muera, lo podemos enterrar en su refugio.

HOMBRE 2.- ¡No seas ^{cafre}borde! De todas formas las cosas no están tan mal como para ponerse así. Alfredo se lo está tomando muy a pecho. ¿Sabéis que ya ha hablado con el ingeniero? Es un amigo suyo de la infancia que ahora trabaja fuera. Dice que lo está preparando ya todo para comenzar con las obras cuanto antes.

HOMBRE 3.- Menos mal que María se largó, si lo hubiera visto así...

HOMBRE 1.- ¡Deja a María en paz! Bastante ha soportado ella.

(Oscuro. Se ilumina el centro de la escena, a él se dirigen a la vez, cada uno desde su posición anterior, MARÍA Y EL HOMBRE 1.)

HOMBRE 1.- Si no te hubieras ido, se lo habría explicado todo a Alfredo.

MARÍA.- Ya. (Pausa.) Me dieron el traslado. Sabes que lo estuve pidiendo mucho tiempo y me vino en el momento más oportuno, al final conseguí lo que quería. Cuando las cosas se pusieron feas nadie quiso marcharse como corresponsal a esa maldita guerra.

HOMBRE 1.- ¿Eso es todo? (Pausa. La observa.) Desde entonces no te había vuelto a ver. Te encuentro extraña.

MARÍA.- Todo es extraño, también tú. (Pausa.) No había ningún obstáculo que me impidiera marcharme.

HOMBRE 1.- Él. (Señala con la cabeza a ALFREDO que está sentado frente a la máquina de escribir, con la cabeza apoyada en la mesa.)

MARÍA.- Como comprenderás, a él no tenía ninguna intención de volver a verlo.

HOMBRE 1.- Lo entiendo.

MARÍA.- Y mucho menos a ti. Quieras que no, Alfredo tenía una justificación, estaba enfermo y se dejó dominar por sus miedos. Lo tuyo no es una enfermedad. Tú fuiste ruín.

HOMBRE 1.- Déjalo.

MARÍA.- Ahora quieres que lo deje, después de tanto tiempo sin poder hablar...

HOMBRE 1.- No estoy dispuesto a dar explicaciones innecesarias.

MARÍA.- ¿Por qué no saliste del coche?

HOMBRE 1.- No quise que descubriera lo nuestro.

MARÍA.- Y, para evitar la vergüenza, dejaste que casi me matara a golpes.

HOMBRE 1.- Lo hubiera hecho igual conmigo, y contigo... si se llega a enterar, ya habría inventado otra de sus locuras para darte tu merecido. Yo sabía que, si no me veía, al final, no te iba a matar porque antes o después te reconocería.

MARÍA.- Tú lo único que sabías era que le estabas poniendo los cuernos conmigo y que si salvabas tu pellejo mejor que mejor. Los problemas domésticos los arreglábamos nosotros, ¿no es eso? Pero también sabías, porque yo te lo había contado, que Alfredo sufría fuertes alucinaciones, que perdía la cabeza, que veía cosas que no sucedían, cambiaba las caras, inventaba recuerdos... ¿lo sabías o no?

HOMBRE 1.- No hasta ese punto. Pensé que estabas exagerando un poco para justificarte a ti misma por lo que estábamos haciendo. Además, tú qué sabes si él no estaba en sus cables en ese momento. Tal vez estuviera fingiendo.

MARÍA.- Lo ves... por eso me fui. Tú me dabas asco y Alfredo pena, ¡qué panorama tan acogedor!

HOMBRE 1.- No entiendo a qué viene todo esto ahora. Yo ya había dejado de darle vueltas.

MARÍA.- Yo también. Es él quien se está amargando aquí encerrado, aunque no quiera reconocerlo, como siempre. No aguanta más y se recrea con nosotros.

HOMBRE 1.- Entonces, acércate.

MARÍA.- No. Después de todo, le podías haber echado una mano.

HOMBRE 1.- ¿En esta locura? Imposible. Además, es tarde. *(Se dirigen hacia la cortina, les siguen los otros dos y se colocan inmóviles tras ella, donde tan sólo sus siluetas son reconocibles. Mientras, ALFREDO se ha levantado, ha ido al grifo y se ha lavado la cara, como para espabilarse. Se mira en el espejo y se acerca a su imagen.)*

ALFREDO.- Pero, ¿tú te has dado cuenta? Empieza con el café y luego... Que sirvo el café y no me lo bebo, que no tomo decisiones que... ¿qué se creerán? ¿No se podrán callar al ver esto? No, si ya decía yo que mejor estaba sólo. *(Vuelve a echarse agua en la cara, repite el proceso, se seca, se mira y se queda parado frente a su imagen.)* Alfredo, convéncete, NO HA VENIDO NADIE. NADIE HA ESTADO AQUÍ ESTA MAÑANA. Estoy tan solo como hace tres días. ALFREDO ESTÁS SOLO. Y tanto mejor. *(Pausa. Se mira más de cerca.)* Bueno no, perdona, es que tú en realidad pues..., tú y yo... nos parecemos mucho, en todo, sí, en todo. Casi..., casi eres como una pequeña parte de mí, yo creo que si yo me voy, tú te vas. *(Se aparta del espejo un momento en un movimiento como para despistar; luego, poco a poco, con cara de intriga, se va asomando. Cuando se vuelve a ver rompe a reír.)* ¿Lo ves? Haces todo lo que hago yo. ¡Qué poca personalidad! No te lo reprocho, no, yo antes era como tú; siempre esperando a ver qué hacían los demás... ya has visto cómo me fue. Hasta que tomé mi primera decisión, la más importante, ésta. Así que te entiendo, no te preocupes, no quiero ofenderte. Oye, tú eres muy joven ¿eh? Te queda mucho por hacer, no te desanimes. A mí los jóvenes me gustan mucho, es muy importante ser joven. La edad es algo horrible. *(Pausa. Continúa mirándose)*

mientras se peina con las manos.) Yo también estoy bien ¿eh? Por eso... bueno únicamente por eso no, pero esa es una de las razones que me impulsó a hacer esto. Si hubiera tenido unos años más, no habría merecido la pena tanto sacrificio. *(Asiente con la cabeza.)* Veo que estás de acuerdo conmigo. Lo que me gusta de ti es que siempre estás de acuerdo conmigo, eres joven y no hablas demasiado. No soporto que me hablen y me hablen sin parar, la mayoría de las veces para no decir nada. *(Pausa.)* He tenido que aguantar que todos se rían de mí. ¡Loco! *(Cada vez que diga "loco" hará un movimiento hacia un lado de la pared, y su imagen desaparecerá para volver enseguida a mirarse. Como si fuera un péndulo.)* ¡Loco! ¡Loco! Pues ¡Toma, Loco! *(Da un golpe en el espejo. Continúa hablando de espaldas a él, paseando por la habitación.)* Estoy vivo ¿no? Vivo, joven y cuerdo. *(Se vuelve desde lejos al espejo. Un segundo.)* Como tú. *(Pausa.)* Y todos esos que han venido antes, ¿qué? *(Pausa.)* Eso... ¿Qué son todos esos que han venido? Porque tú los has visto ¿no? *(Pausa.)* ¡Menos mal! Me tranquilizas, por un momento he pensado que verdaderamente estoy perdiendo la cabeza. *(Pausa.)* No sería nada raro, después de tres días aquí. *(Se tumba en la cama, boca arriba. Los brazos bajo la nuca.)* Oye, ¿esos de dónde venían? Porque si utilizamos la lógica, vivos, vivos, no estaban, no pueden estarlo. Ellos se quedaron fuera, además ¡qué palidez!, pero claro, fue por su culpa, no te creas. Ya has visto cómo les insistí, ellos nada. Escépticos. ¿Me ves? ¿Ves que estoy aquí? Y yo no estoy tan pálido. *(Se toca la cara como si se quisiera dar color. Como si ni siquiera él creyera sus palabras.)* No, no me des la razón así porque sí, no necesito consuelos. *(Se incorpora.)* Debo estar contento, ¡lo he conseguido! No fue fácil hacerme con esta caverna... En mis memorias he escrito ya una parte, pero estoy decidido a contarle todo. Tal vez sirva de página para la historia. *(Sonríe.)* ¿Por qué no? A lo mejor me ponen una medalla de esas, una medalla al valor, aunque yo no sea soldado, ni aviador, ni un casco azul. Pero al menos hice la mili, y ahora estoy aquí, eso también cuenta, ¿no? *(Pausa. Se acerca a la máquina de escribir. Cambia el folio.)* A mí no me interesó mucho cómo había que hacerlo, lo dejé en sus manos, mi amigo era un

magnífico arquitecto... *(Se dirige al proscenio. Con la mirada perdida al fondo.)* Él hizo el proyecto, se encargó de la obra; primero escogió el lugar idóneo, apartado y casi desértico, para que nadie pudiera entrometerse, eso sí, cerca de casa de mi madre, fue un acierto, porque allí estuve viviendo yo tras lo de María. Lo hicimos en secreto, puesto que nadie había querido colaborar, no tenía sentido ir contando lo que estábamos realizando, seguro que me lo habrían querido impedir. Así evité las risas de esos... El equipo que hizo la obra vino de fuera, gente de confianza, amigos suyos que ya habían realizado alguna de las mismas características. Pensamos en todo. *(Pausa. De detrás de la cortina ha salido un hombre con el mismo aspecto de los anteriores. Se ha colocado tras ALFREDO mientras éste hablaba.)* ¡Ah! ¿Te acuerdas?

ARQUITECTO.- Sí, cómo no me iba a acordar.

ALFREDO.- *(Sin moverse.)* Pero al final tú tampoco quisiste venir.

ARQUITECTO.- Hice mi trabajo y punto. Me pediste ayuda, te la di.

ALFREDO.- ¿Y si te hubiera convencido de que el peligro era inminente?

ARQUITECTO.- Sí, es verdad que yo tampoco pensé que llegaría el momento. Lo tomé como un trabajo más, como el que hace un chalet o una piscina; aunque éste me costó lo suyo. No podía haber ni un error. Pero de ahí a que quisiera acompañarte... La verdad es que siempre pensé que vivías proyectado en un futuro muy lejano, casi irreal, un futuro que tal vez no llegara jamás.

ALFREDO.- No entiendo cómo tú, teniéndolo todo en tus manos, no fuiste más precavido.

ARQUITECTO.- Tal vez porque a mí no me interesaba. Además, yo no estaba solo; mi mujer, mis hijos, mis padres...

ALFREDO.- Todos se podían salvar.

ARQUITECTO.- ¿Para qué? Para verlos después sufrir atormentados por el pánico, por la incertidumbre. Dejarlos encerrados en una

ratonera ¿cuánto tiempo?; y luego ¿qué? Todo esto te lo dije en su momento. Ahora lo puedes comprobar por ti mismo.

ALFREDO.- ¿No sufristeis ese terror el día de...?

ARQUITECTO.- No. Ni nos dimos cuenta. La muerte nunca se espera Alfredo, al menos casi nadie la espera. Estábamos durmiendo, una fracción de segundo y se terminó, si es que algo se tenía que terminar.

ALFREDO.- Lo de tus padres lo entiendo. Quieras que no ¿qué hubieran hecho unos ancianos en esta nueva etapa? Esto es para gente joven, como tú, como yo. Gente que pueda luchar y comenzar desde la nada.

ARQUITECTO.- ¿Y qué más da? Jóvenes, hombres, mujeres, ancianos... ¿qué más da? Si al final todo ha terminado en un montón de cenizas.

ALFREDO.- *(Se vuelve. Como si no lo hubiera estado escuchando.)* Tenías razón con lo del azul. Azul, azul, azul por todas partes. Ha funcionado la psicología de los colores. Sí, *(Mira a su alrededor.)* es más armónico, más... ¿cómo te diría?, más relajante. El color cobre hubiera sido un tanto desestabilizador. Me hubiera parecido estar enterrado vivo. Con el azul... con el azul parece que estoy sobre los aires, en un avión o algo así. ¿No?

ARQUITECTO.- Lo de las paredes es sólo un forro superficial. Si te cansas lo puedes quitar con tus propias manos.

ALFREDO.- ¡No hombre, no! Te digo que me gusta... Con lo del color me convenciste.

ARQUITECTO.- ¿Cómo te encuentras ahora?

ALFREDO.- Estoy bien, esperando.

ARQUITECTO.- ¿Qué?

ALFREDO.- Supongo que alguien más se habrá salvado, como yo.

ARQUITECTO.- ¿Qué piensas hacer si no es así? O si ese "otro" está a miles de kilómetros de aquí.

ALFREDO.- Para eso está la radio, ¿no? Y todo ese complejo equipo de transmisión que tú instalaste con la ayuda de tus amigos.

ARQUITECTO.- Está bien, y si lo encuentras, si te pones en contacto ¿qué?

ALFREDO.- Entonces nos uniremos para comenzar juntos, desde cero.

ARQUITECTO.- ¿Un mundo feliz?

ALFREDO.- Tal vez.

ARQUITECTO.- Y si no aparece nadie...

ALFREDO.- Aparecerá, danos tiempo.

ARQUITECTO.- Es la primera vez que te veo tan seguro de algo.

ALFREDO.- Me he salvado. ¿Te parece poco aliciente para estar seguro? Yo..., el idiota de Alfredo, he conseguido vencerlo todo y a todos. *(Lo mira y ríe.)* ¿De qué te sirvió a ti tu inteligencia? El gran arquitecto, el mejor arquitecto aniquilado en una fracción de segundo. Como mis amigos, no sé si los conoces, esos de antes: el atractivo, el que con sólo guiñar un ojo se las llevaba a todas a la cama. *(Se gira hacia la cortina.)* No como el pobre Alfredo, que ni con su mujer podía y si no que se lo preguntan al otro, ¿te acuerdas de ese que tenía el chalet y las dos piscinas? Ese, ese, era mi jefe; mi amigo y mi jefe. No sabes lo humillante que pudo llegar a ser para mí soportar sus caprichitos: Alfredo esto, Alfredo lo otro, Alfredo ve allí, Alfredo vuelve aquí... Y el último, el último de todos sus caprichos fue ella, mi mujer. ¿Qué creían, que era tonto? ¿Que no me daba cuenta de las cosas? *(De detrás de la cortina han ido saliendo los tres HOMBRES, que avanzando lentamente han rodeado a ALFREDO y lo observan.)*

ARQUITECTO.- Estás muy nervioso, yo lo entiendo pero intenta controlarte, si no, perderás los papeles. Todo eso que has descrito no son más que tus eternas manías, tu complejo de inferioridad que ni en estos momentos puedes olvidar.

ALFREDO.- ¡Ja!

HOMBRE 2.- ¿De qué te ha servido?

HOMBRE 3.- ¿Qué vas a hacer ahora?

HOMBRE 1.- Estás perdido, ¿cuánto tiempo más vas a soportar? No has superado nada. Tienes miedo.

HOMBRE 2.- Te sientes muy sólo. (ALFREDO niega con la cabeza.) Si no fuera así no nos llamarías, no nos traerías aquí.

HOMBRE 3.- Necesitas compañía.

HOMBRE 1.- Apoyo.

HOMBRE 2.- Igual que siempre. Necesitas a alguien que te diga qué hacer ahora. No has cambiado.

ALFREDO.- ¡No! Eso sí que no. Yo he cambiado porque todo ha cambiado. Miraos; valientes, ricos, bromistas. Ahora comprendo, ya sé lo que sois, sois cadáveres. (Al HOMBRE 1.) Y tú, el gran jefe explotaamigos; tú, el quitamujeres; tú, que me clavaste los cuernos a traición porque sabías que yo no podía rechistar. ¿Ahora, qué?

HOMBRE 1.- Si yo te hice eso es porque tú lo consentiste.

ALFREDO.- Y qué iba a hacer. ¿Perder el trabajo?, ¿quedarme sin nada?

HOMBRE 1.- ¿Ves? Eres un cobarde. Como siempre, como entonces. Y pensar que aquella noche casi la matas.

ALFREDO.- Y tú, ¿qué sabes de eso?

HOMBRE 1.- Ella me lo contó.

ALFREDO.- Mentira. Contigo no habló antes de marcharse, y después..., después no volviste a saber nada de ella. ¿O no es así?

HOMBRE 1.- Qué ignorante eres. Relájate.

ALFREDO.- ¡No me da la gana! ¿Cuándo te lo contó?

HOMBRE 1.- No, tienes razón, nadie me lo ha contado, yo lo vi, lo vi con estos ojos que te están mirando ahora.

ALFREDO.- Te creo. Tú eres el cobarde. Yo sabía que estabas dentro del coche. Agazapado como un cachorro indefenso y aterrizado. *agazapado*

HOMBRE 1.- ¿Me viste dentro del coche?

ALFREDO.- Lo supuse. Luego, cuando la cogí para buscar ayuda miré un momento por la ventanilla y allí estabas tú. ¿Por qué crees que fui con mi coche teniendo el de María tan cerca?

HOMBRE 1.- Sabías que estaba allí y no hiciste nada.

ALFREDO.- ¿Y qué hiciste tú? Tampoco entonces supisteis defenderos. Mientras vosotros os habéis preocupado de reiros de mí, yo he reído el último.

HOMBRE 3.- Cuidado Alfredo.

HOMBRE 2.- No cantes victoria.

HOMBRE 3.- Todavía no.

ALFREDO.- (Al HOMBRE 1.) ¿Tú qué opinas? ¿Debo cantar victoria o no? Yo también he sabido jugar, ¿eh? Verás, cuando me di cuenta de que había confundido a María comprendí que eras tú la otra sombra que había visto. Eran dos, de eso no tenía duda. (Los otros dos HOMBRES se retiran tras la cortina, el ARQUITECTO se va hacia la mesita con el ordenador. Se sienta intentando ponerlo en funcionamiento. Permanecerá allí.) Entonces me di cuenta de lo que estaba sucediendo. No era la primera vez que tú estabas en casa con María. Otras, antes, cuando me daba cuenta, me marchaba al bar de la esquina a tomar un café para esperar a que terminarais y no sorprenderos con mi llegada imprevista, ¡Fíjate! Lo que se puede hacer por mantener un trabajo. En esta ocasión la mente me había confundido, al principio, pero pronto recuperé la lucidez, miré dentro del coche y, cómo no, estabas ahí. Hice como si no te hubiera visto. En definitiva, ya te digo, no era la primera vez.

HOMBRE 1.- ¿Pero, por qué? ¿Por qué no me dijiste nada entonces, por qué te has callado hasta ahora? Has seguido yendo a mi casa, como si nada, e incluso me ofreciste participar contigo en este experimento... ¿pensaste que si me descubrías yo te iba a denunciar por lo que le habías hecho a María?

ALFREDO.- No, no es eso.

HOMBRE 1.- Entonces... No puedo creer que hayas soportado todo esto por mantener un trabajo. Dime, ¿tuviste miedo de perderlo?

ALFREDO.- ¿Y no hubiera sido así? Además, ella estaba contigo porque quería. ¿Qué iba a hacer yo? Aguantar o perderlo todo. Son las reglas del juego. En parte las pusiste tú.

HOMBRE 1.- Casi la matas.

ALFREDO.- Se salvó. La llevé al hospital y entonces, si no me equivoco, tú aprovechaste para escapar y aquí no ha pasado nada... agradécelo.

HOMBRE 1.- ¿Y te extrañas de que María se marchara después de todo?

ALFREDO.- Ella no supo que yo te había reconocido dentro del coche, y no me dijo nada de ti. No te mencionó, ni yo tampoco.

HOMBRE 1.- Tienes que agradecer que María no te denunciara. Aceptó tu versión. ¡Qué iba a hacer! Lo de la confusión y el ladrón era verosímil, sobre todo sabiendo tus antecedentes...

ALFREDO.- ¿Qué me estás contando tú a mí? Tú que te quedaste inmóvil, y no fuiste capaz de salir a ayudarlo.

HOMBRE 1.- Eso no es asunto tuyo. Yo sabía que al final te darías cuenta. Es más, todavía dudo que tú nos confundieras; tú mismo acabas de reconocer que sabías lo nuestro.

ALFREDO.- ¿Y qué?

HOMBRE 1.- No me cuesta nada creer que fue una venganza contra ella. Te descargaste con ella, furioso, al vernos juntos de nuevo, ya que conmigo, dada tu situación profesional, te estaba prohibido. ¡Qué fácil es para un loco fingir la locura!

ALFREDO.- No, eso nunca. Eres un cerdo, déspota. Ahora ya te lo puedo decir, ahora que estoy libre de ti y de todos los demás, ahora que no necesito que me acompañéis a ningún lado... *(El HOMBRE 1 se ha ido retirando hacia la cortina. ALFREDO le sigue con la mirada.)* ¡Idiota! ¡Cobarde! ¡Mírame, soy yo, Alfredo! Eso es,

vete, vete y no vuelvas, no volváis ninguno ¡Nunca! *(Se acerca a la máquina de escribir, saca el folio del carrete y lo rompe. Mete los trozos en un cajón y lo cierra. El ARQUITECTO se levanta de la mesa y se va también. Ha dejado el ordenador encendido pero no ha conseguido ponerlo en funcionamiento, sólo se ve niebla.)* Estáis muertos de miedo, pálidos, atrapados en la oscuridad. No habéis querido acompañarme, muy bien, pues no volváis a aparecer por aquí. *(Mira hacia la mesa del ordenador, se acerca y le da un puñetazo.)* ¡Este trasto no funciona! ¡No sirve! Menuda basura... No puedo ver lo que pasa fuera *(Está cada vez más nervioso.)* Algo está fallando, algo está mal, tenía que verse, tenía que ponerme en contacto... ¡La radio! *(Se acerca a un mueble metálico, abre una puerta y dentro aparece un complejo sistema de radio. Lo conecta con esfuerzo pero sólo se escuchan ruidos.)* ¿Por qué? ¿Por qué? ¿Por qué? *(Habla deprisa, muy excitado.)* Estaba todo calculado, un plan trazado con exacta perfección; todo, todo científicamente calculado, cifra por cifra... *(Se tranquiliza, se acerca al proscenio dirigiéndose al público.)* Cada dificultad fue resuelta con un racimo de ecuaciones incomprensibles pero provistas de una solución final para todo. Decenas de programadores trabajaron en este sistema durante días, el error es sencillamente imposible. Y ahora... *(Se siguen escuchando los ruidos de la radio.)* ¡Me repugna este aparato que no deja de emitir sonidos incomprensibles! ¿Por qué? *(Se va hacia la cama y se sienta.)* Aunque... Si lo pienso bien... Tal vez escuchar una voz de ahí fuera sería peor. No estoy preparado todavía, por eso yo no he hecho nada, no he intentado ponerme en contacto con otros... me he limitado a esperar. Es lógico, claro, es normal que se retrase la señal, realmente tampoco yo tengo el suficiente valor para salir. *(Pausa.)* Estoy temblando... Otra vez tengo miedo... ¿Me oyes? No, también tú me vas a dejar solo... Todos teníais que estar conmigo hoy... y sin embargo... *(Pausa.)* Tengo frío. Creo que ya es de noche. *(Se vuelven a escuchar los ruidos.)* ¡Maldito trasto inútil! *(Se da la vuelta, tapándose los oídos y se acurruca en la cama. Se va haciendo el oscuro.)*

VOZ.- ¿Recuerdas el primer día que pasaste aquí? *(Pausa.)* Míralo ahora. Mira a ese hombre que tiembla entre silencio, oscuridad y frío. No se atreve a dormir para evitar tener que volver a recrear una pesadilla de la que tal vez no pueda despertar jamás. Míralo. Se estremece porque siente el hielo que cuaja bajo sus pies, despacio, y sube, congelándolo, gota a gota. La sangre le cristaliza en el cuello, como un punzón que se clava en la garganta y de allí no pasa ni deja pasar. Es el hielo del terror que lo mantiene inmóvil. Míralo. También él se está observando.

(Oscuro.)

II

(Luz tenue. ALFREDO continúa en la cama, en la posición en que quedó. De pronto se levanta, como sobresaltado por una pesadilla, está sudando y en su rostro se dibuja, inconfundible, el terror. Se queda sentado en la cama durante unos segundos, después coge la linterna y se acerca a la pared donde están pintadas las cruces, las cuenta.)

ALFREDO.- Una, dos, tres. ¡Ah! Entonces no he estado durmiendo todo el tiempo. *(Se acerca a la palanca que activa la luz, la enciende.)* Este maldito dispositivo que desconecta la luz automáticamente cada no sé cuántas horas debe ser lo único que funciona aquí. *(Mira la pantalla del ordenador, sigue encendida.)* ¿No te digo? De estos de fuera, nada de nada; en fin, volvamos a empezar. Recopilemos: La radio no funciona, el ordenador o como quiera que llamen a este aparato tampoco, no ha venido nadie... nadie interesante, me refiero, nadie que me pueda servir, porque esos de ayer, dios sabe de dónde salieron; qué mal me lo hicieron pasar, parecía tan real, pero claro, en este antro ya no sé ni el tiempo que he pasado durmiendo. Lo más probable es que haya sido otra pesadilla o yo qué sé. *(Se acerca al espejo. Se peina.)* ¡Buenos días, señorito! ¡Vaya careto que tenemos hoy! *(Confidente.)* Oye, ¿tú entiendes algo de todo esto...? A mí no me mires, yo no entiendo nada de nada. La verdad es que yo siempre he entendido poco de todo. Un poquito de aquí, un poquito de allí, así me he ido apañando. Lo que se dice saber, saber, nada. *(Pausa.)* ¿Café? Te advierto que es del de la mili. *(Se dirige al armario y coge el bote del café.)* Esta mañana yo también me pondré uno, lo necesito. *(Habla mientras prepara el café. Saca dos tazas.)* Pues lo que te digo, por no entender no entiendo

ni de política. La verdad es que nunca me ha interesado. Me acuerdo que, cuando estaba en casa de alguno de mis amigos, yo me quedaba siempre fuera de juego. En cambio ellos elegían un tema, tomaban posiciones y consumían las horas entre absurdos razonamientos para llegar a la conclusión, siempre la misma, de que podíamos estar peor, que antes también era todo un desastre, aunque la verdad es que no se puede decir que ahora las cosas vayan muy bien. ¿Para llegar ahí hay que entender de algo? Yo no sé de política porque no hay quien la entienda. Además voto en blanco. Hay que hacer uso del derecho, claro. Yo a una manifestación no he ido nunca. Y no porque fuera peligroso, es que nunca se me ocurrió que yo pintara nada en una de esas reivindicaciones multitudinarias, total uno más que menos... Hasta hoy, y no es que me avergüence, he sido un individuo dignamente pasivo. Ya ves, ahora resulta, sin embargo, que soy el único que ha tomado parte. ¡Pandilla de embusteros sin ideales! Yo sí, ¿eh?, yo tengo mi ideal, individual pero no por eso menos ideal. No soy un egoísta por luchar por mi supervivencia, ya se lo dije yo a todos, les pedí que vinieran, ¿no? Pues nada. Unos hipócritas, eso es lo que han sido. (*Se sienta en la cama y coge la taza del café.*) Y ahora me voy a tomar mi café porque me da la gana, no es porque nadie me lo haya dicho ¿sabes? Ya está bien de tonterías, cada uno que haga lo que quiera. Fíjate en mí, yo he elegido esconderme como un ratón para no morir como una hormiga en el hormiguero y ellos han preferido ser hormigas. Hay una diferencia, ¿no? (*Pausa.*) ¿Alguna vez te has preguntado quién nos mira? Porque alguien nos habrá puesto ahí, en el hormiguero digo, y ahora se estará riendo de nuestra miseria, ¿no? Bueno, no quiero entrar en tópicos existencialistas que me pongo de muy mal humor. Estamos porque estamos. Somos anónimos. Un enjambre de anónimos... hasta hace unos días, al menos. Ah, pero yo ya no. Yo ahora tengo nombre y apellidos (*Ríe. Se levanta y se pone frente al espejo.*) Alfredo Ruipérez, nacido en Madrid, un quince de mayo, Alfredo Ruipérez el superviviente. (*Pausa.*) No está mal. Soy joven, aunque no mucho. Pese a todo, he tenido tiempo de pasar la infancia sin pena ni gloria; para que luego digan que lo más importante que le

ocurre a un hombre sucede durante la infancia. También he sido el ojito derecho de mi madre. Encontré, sin mucha dificultad, una novia o una pareja de las modernas, y hasta he tenido tiempo de casarme, por mi madre claro, que bastante me costó convencer a María. Casarme, separarme, ir al psiquiatra, aunque la segunda vez dije que ya era suficiente... y eso que yo no fui por tonterías de depresiones y estrés, como todos esos modernos de ahora, que en cuanto les duele la cabeza piden cita, no, no, yo tenía una enfermedad. O al menos así lo querían algunos. El caso es que a la segunda de cambio le di puerta. Yo, Alfredo Ruipérez, en una de esas horribles salas de espera en las que se cuenta todo, se comparan diagnósticos y se prevé el tratamiento y la mejoría respecto a la semana anterior, ¡menuda terapia la de las salas de espera!, no, no. Yo me negué. También me ha dado tiempo, en mi corta pero intensa vida, a meterme en esta madriguera y morirme de miedo. Porque la verdad es que miedo sí estoy pasando, aunque no lo reconozca. Te lo digo a ti porque es como si no se lo dijera a nadie, lo comprendes, ¿no? ¡Cuánta razón tenía mi madre!: “disfruta hijo, disfruta y no sufras por todo... No estés siempre preocupado por lo que va a ocurrir, Alfredito -me llamaba Alfredito- lo que tenga que venir, vendrá, por mucho que tú pienses o dejes de pensar. Si sigues así nunca vas a estar tranquilo y además te sacrificas demasiado, la vida es muy sencilla, hay que dejarla pasar y tomársela más a la ligera”. (*Pausa.*) ¡Cuánta razón tenías, mamá! y qué vieja te hiciste. ¡Pobre! Para ti sí que fue sencillo, hasta el final.

(Mientras decía esto se ha sentado en la máquina de escribir. Ha pasado de un tono jocoso a una leve autocompasión. Introduce un folio en la máquina y despacio, acariciando las teclas, comienza a escribir. Al pronunciar las últimas palabras, la silueta de MARÍA ha aparecido tras la cortina, y lentamente se le va acercando.)

Yo sé que ayer prometí dar carpetazo y dejar esto, pero es que me enfadé mucho cuando vinieron esos a molestar. Ahora que lo he pensado mejor, tal vez prefiero seguir escribiendo, si no ¿qué hago?

(Continúa escribiendo durante unos segundos. MARÍA está junto a él pero no la ha visto.)

MARÍA.- ¿No tuviste noticias mías después de que me marchara?

ALFREDO.- (Deja de escribir pero no se vuelve.) Ya he dicho que no. ¿Cómo las iba a tener? Tú no escribiste, ni siquiera me llamaste.

MARÍA.- Pero por algún amigo podías saber...

ALFREDO.- No, la verdad es que ni lo intenté. Estaba demasiado avergonzado por lo que había ocurrido. En la tele, sí que te vi alguna vez. Ya entonces te encontré muy pálida, pero claro, con ese trabajo que te buscaste, no me extraña.

MARÍA.- Tenía una afección pulmonar.

ALFREDO.- Lo siento, no lo sabía.

MARÍA.- En parte tú la provocaste, con tus golpes.

ALFREDO.- (Se vuelve. La mira, incrédulo) ¿Yo?

MARÍA.- Sí, pero eso no me mató. Luego vino la tuberculosis.

ALFREDO.- (Aliviado.) Ya decía yo...

MARÍA.- A los pocos meses me ingresaron en un Hospital Militar.

ALFREDO.- Sí, eso lo sé. De allí nos dieron la noticia.

MARÍA.- Aquello fue lo peor. ¡Menos mal que terminó pronto!

ALFREDO.- No digas eso.

MARÍA.- Tú no sabes lo que es ver a la gente morir a tu alrededor, indiscriminadamente, morir y matarse. Y yo sentía que no tenía nada que ver con todo aquello, y en ocasiones incluso me parecía injusto estar allí.

ALFREDO.- Lo mires por donde lo mires, tanto lo de aquellos como lo tuyo fue producto de la violencia.

MARÍA.- Una violencia bien distinta. Lo que yo sufrí me afectaba sólo a mí, se trataba de algo personal. No te puedes imaginar lo poco que importan ciertas cosas cuando se está en medio de un

infierno sin posibilidad de actuar. Es terrible ser observador y nada más.

ALFREDO.- Tienes razón. Pero precisamente tú... En fin, ¿qué ocurrió entonces?

MARÍA.- Bueno, después nada más. Para mí se terminó. Ahora te toca a ti, ¿qué hiciste mientras tanto?, ¿qué has hecho hasta hoy? Además de esto (*Mira a su alrededor.*), claro.

ALFREDO.- Esperar. Primero esperé que volvieras, que me perdonaras; luego, cuando comprendí que eso no ocurriría, esperé que me llamaras o me escribieras. Después me di cuenta de que tampoco eso iba a suceder y entonces esperé a que te reunieras con ése.

MARÍA.- ¿Con quién?

ALFREDO.- Lo sabes perfectamente. Con nuestro amigo, con mi jefe, o con el que estaba contigo esa noche, con tu amante. Llámalo como quieras.

MARÍA.- Imposible. Con él, menos todavía. (*Pausa.*) Y tú, ¿cómo sabes...? Al final te lo confesó. Los remordimientos... era inevitable.

ALFREDO.- Te equivocas. Yo lo vi.

MARÍA.- ¿Ese día?

ALFREDO.- Después de que perdieras el conocimiento.

MARÍA.- ¿Lo viste y no dijiste nada?

ALFREDO.- ¿Para qué?

MARÍA.- ¿Cómo que para qué? ¿Te das cuenta de lo que has hecho?

ALFREDO.- Eras tú la infiel, que no se te olvide. Fuiste tú la que lo llevaste a mi casa, era con él, con mi jefe, con quien lo hacías en el coche. No te hagas ahora la inocente, vamos. Lo mío fue una confusión, un accidente.

MARÍA.- Que yo pagué caro.

ALFREDO.- No te reconocí, fue una pena. Eras tan joven. Pero yo no quise. (*Pausa. Retoma el discurso anterior.*) ... Luego esperé

la guerra y ahora espero, simplemente. *(Pausa.)* Un lamentable accidente, María, de veras. Tal vez si no te hubieras ido, te habrías recuperado.

MARÍA.- ¿Quién lo sabe?

ALFREDO.- ¿El qué?

MARÍA.- Que fue un accidente.

ALFREDO.- Yo... y tú.

(Pausa.)

MARÍA.- Te has quedado tan solo que casi me das lástima.

ALFREDO.- Por ahora sí. Pero hay que tener paciencia y esperar.

MARÍA.- Esa es tu palabra preferida.

ALFREDO.- María, eres sólo un recuerdo, me doy cuenta, no creas que no, así que no vengas aquí a hacerme reproches.

MARÍA.- Quizá te equivoques, sería un recuerdo muy real, ¿no crees? Los recuerdos de momentos futuros creo que no existen, Alfredo, no te confundas. *(Pausa. Va hacia la cama. Ve las tazas del café. Se detiene, coge una y la observa, después la deja donde estaba.)* ¿Y tu madre?

ALFREDO.- Murió.

MARÍA.- Ah, no lo sabía. Lo siento, estabas muy apegado a ella. ¿Cuánto hace?

ALFREDO.- No sabría decirte.

MARÍA.- *(Se le acerca.)* Vamos, Alfredo, ¿cómo no vas a saber cuándo murió tu madre?

ALFREDO.- *(Se levanta. Nervioso.)* ¡Pues no, no me acuerdo! Estoy muchos días aquí, solo, y he de reconocer que sí, es verdad, tengo un poco de miedo. He perdido la noción del tiempo, no sé cuándo es de noche ni de día, mi reloj se ha parado y estos malditos trastos... estos malditos trastos no funcionan, ¡ninguno! ¿Te lo puedes creer? La última tecnología, ¡millones he invertido en ellos

para que ahora, por las buenas, se estropeen! Así, tan fácil. Si cogiera al inepto que...

MARÍA.- *(Muy tranquila.)* Es un poco tarde, ¿no crees...? mejor déjalo. Estoy segura de que ya no te los va a arreglar. ¿No es eso?

ALFREDO.- Es verdad, perdona, ya te he dicho que estoy nervioso y cansado, no duermo bien.

MARÍA.- ¿De qué murió tu madre?

ALFREDO.- Y dale... Murió, murió y punto. ¿Es que hay que morir de algo en concreto? El que se muere, se muere. ¡Pum! y se apaga. Era vieja, murió de vieja. Es una pena pero los viejos se mueren.

MARÍA.- ¿Así, de repente?

ALFREDO.- Sí, eso, de golpe.

MARÍA.- Yo no me enteré.

ALFREDO.- ¿Y cómo te ibas a enterar? Por desgracia, María, tú ya habías muerto hacía meses, cuando mi madre...

MARÍA.- Entonces no ha debido de pasar mucho tiempo.

ALFREDO.- No, hace sólo unos días.

MARÍA.- ¿Cuántos?

ALFREDO.- No lo sé con exactitud. *(Pausa.)* Cinco o... cuatro.

MARÍA.- *(Lo mira. Pausa. Se sienta frente a él y continúa un tiempo mirándolo sin decir nada.)* ¿Le preguntaste?

ALFREDO.- ¿El qué?

MARÍA.- Si prefería morir o venir contigo.

ALFREDO.- Era una anciana, María, ella no podía venir, no hubiera aguantado mucho tiempo aquí encerrada. Me hubiera vuelto loco y ella se habría consumido.

MARÍA.- Pero tú, por si acaso, no se lo preguntaste.

ALFREDO.- Ella no sabía nada. Fue lo mejor. No creas que no me ha dolido, la quería mucho. Más de lo que te puedas imaginar, por eso lo hice.

MARÍA.- Increíble.

ALFREDO.- No me mires así. Intento olvidarla, borrarla, como si no hubiera existido, si no, es imposible soportar.

MARÍA.- Te la dejaste ahí fuera... Creo que es a la única persona a la que no le has pedido que te acompañe, y tal vez hubiera sido la única que lo habría hecho. Sólo por ti.

ALFREDO.- Vamos a ver si lo entiendes, María. Si mi madre tan sólo hubiera sospechado lo que estaba sucediendo y después la hubiera encerrado aquí, bajo tierra, un día tras otro, se habría muerto igual y yo también, yo me hubiera muerto de sufrimiento.

MARÍA.- Ya, y además era vieja, y a ti un viejo no te sirve. Necesitas gente joven para salir ahí fuera y comenzar a construir tu mundo perfecto. Suena a sermón barato, o a telenovela. A ti lo que te pasa es que eres un egoísta, además nunca has sabido despegarte de las faldas de tu madre, ¡Esta ha sido tu oportunidad!

ALFREDO.- Es posible.

MARÍA.- ¿Y no te has preguntado qué es lo que está pasando ahí fuera? En ningún momento te has preguntado si tu madre aún seguirá viva, y todos, todos siguen vivos porque esto ha sido sólo un ataque de histeria, nada raro en ti por otra parte, y ahora estás aquí, y tal vez nadie te busque porque has ido a construir tu ratonera en un lugar medio desierto. ¿No te da miedo pasar aquí días y días, esperando, y pudrirte entre tus artefactos y tus pastillas de colores...? (Coge un bote que hay encima de la mesa, lo mira, saca unas cuantas pastillas y las lanza al aire. ALFREDO se acerca para quitárselo, pero ella no permite que la toque, lo vuelve a dejar en la mesa.)

ALFREDO.- No lo tires, es mi alimento.

MARÍA.- Te decía, Alfredo, si no te preocupaba el hecho de pensar, sólo como una lejana posibilidad entre un millón, que ahí fuera está pasando algo, o mejor, que no ha pasado nada; te preguntaba si no te espanta la remota suposición de que tal vez al final nadie haya tenido el valor de apretar ese dichoso botón; me refiero a que tal vez te aterre la idea de que mientras tú crees que eres el único

que queda, resulte que eres el único que falta. Ahí fuera sale el sol, y se esconde; no existen ciudades fantasmas, ni cenizas, ni silencio. Eso está aquí, en tu cabeza, son fantasías tuyas y una gran dosis de imaginación. Has sido capaz de sacrificar a tu madre porque era vieja...

ALFREDO.- (Que la ha estado escuchando aterrizado.) No, no es así...

MARÍA.- Por favor, déjame terminar: porque era vieja y no te servía, y quién sabe si ahora ella está, como cada día, en la cocina de su casa haciendo un estupendo postre por si Alfremito vuelve... Y entonces te das cuenta de que el único fantasma eres tú, que te has dejado dominar por el miedo y te has enterrado vivo, antes de tiempo.

ALFREDO.- Eso no es posible. (Han salido los tres hombres de detrás de la cortina, se acercan.) Hacía días que anunciaban la fecha, en la calle no se hablaba de otra cosa, en los telediarios, en el banco, en las tiendas, en la radio: tres, dos, uno. Ha comenzado la cuenta atrás, si no hay acuerdo es el fin. Y no lo hubo.

MARÍA.- ¿Has tenido alguna noticia desde que estás aquí?

ALFREDO.- No, ya te he dicho que estos aparatos no funcionan.

MARÍA.- (Irónica.) Buena señal. Un tanto a tu favor.

HOMBRE 1.- Cuando me llamaste por última vez para decirme que te metías aquí faltaban todavía doce horas.

HOMBRE 2.- Entraste antes de tiempo.

HOMBRE 3.- Lo tenías todo preparado.

ALFREDO.- Sí, es verdad, es verdad que me adelanté un poco. Pero eso no tiene ninguna importancia ahora. Ocurrió. Lo sentí en su momento.

HOMBRE 1.- ¿Cómo que lo sentiste, dónde?

ALFREDO.- Aquí, a las doce horas justas todo tembló, fue una sensación... no podría explicarte, fue...

HOMBRE 2.- ¿Increíble?

HOMBRE 3.- ¿Irreal?

HOMBRE 1.- Tal vez la imaginación, la sugestión.

HOMBRE 2.- El pánico.

(MARÍA se ha retirado a un segundo plano.)

ALFREDO.- Creo que oí gritos.

HOMBRE 1.- ¿Qué gritos, Alfredo? Fue una fracción de segundo, ¿no lo recuerdas?

HOMBRE 2.- Otra vez el miedo te hace desvariar.

HOMBRE 1.- Como aquella noche.

HOMBRE 3.- Como todos estos días.

HOMBRE 2.- Como la primera cruz que dibujaste. (Señala la pared.) Que tal vez no sea real.

HOMBRE 1.- No existe.

HOMBRE 3.- ¿O sí? Ha ocurrido.

HOMBRE 2.- ¿Has abandonado a tu madre?, ¿qué prefieres?

HOMBRE 1.- La has dejado morir...

HOMBRE 3.- O tú te has encerrado para morir, mientras los demás viven.

HOMBRE 2.- Tal vez no quede nadie...

HOMBRE 1.- ...O quizá sólo faltes tú.

ALFREDO.- (Se ha sentado en la mesa de la máquina de escribir. Ellos se van apartando, entre risas, haciendo un círculo cada vez mayor. ALFREDO se tapa la cara con las manos. De repente levanta la cabeza, da un golpe sobre la mesa y a la vez que grita saca el folio de la máquina.) ¡Baaastaaa! (Los HOMBRES se callan y quedan inmóviles. ALFREDO respira hondo y se levanta, apoyándose en la mesa.) Me puedo controlar, lo tengo dominado. Se terminó. Todos fuera, todos fuera, ¡Todos fuera! ¡Lo tengo dominado! ¡Fuera! (Cuando se vuelve las sombras están tras la cortina. Se acerca a la mesilla, despacio, casi sin fuerzas. Abre el cajón y saca unas fotos. Se tumba en la cama. Habla en tono melancólico, entrecortado con risas. Coge

la primera fotografía. La mira y se dirige a ella.) Madre, a ti no te podía traer, ¿tú lo entiendes, verdad? No creas que fue por egoísmo, no es así. Lo he hecho únicamente por ti. No hubieras sido feliz aquí dentro, no hubiera resultado nada fácil. Lo he hecho por ti, ninguno de los dos lo hubiéramos soportado. (Pausa.) Gracias. Sabía que lo entenderías, tú no ibas a hacer caso de esas sombras. (Ríe.) ¡Qué horribles! ¿Eh? Menos mal que se han marchado. Gracias, madre, muchas gracias. (Deja la fotografía lentamente sobre la mesilla. Sus movimientos son suaves, parsimoniosos. En su rostro se dibuja una sonrisa melancólica que en ocasiones rompe en un atisbo de carcajada, nerviosa, casi esquizofrénica, mezclada en lágrimas y que finalmente no puede borrar de su cara. Coge la siguiente fotografía y se la pone ante los ojos.) María... María..., qué mal lo hiciste abandonándome. Tú sabes que yo no quise hacerte daño, María... fuiste egoísta cariño... (Besa la foto. Pausa.) Pero pagaste un precio muy alto... Cuánto lo he sentido, "amor"... cuánto lo he sentido. Esto, aunque tú no te lo creas, "amor", casi, casi, lo he hecho por ti, para vengarme de la vida, que al final no te trató bien. ¿Ves? Yo no soy rencoroso, ni un cobarde... Hoy me he bebido todo el café, para que luego no tengas queja... El que queda no es mío... Ah, no creas que yo te reconocí... Estoy loco, ¿recuerdas? No pude reconocerte... la verdad es que todo ha sido deplorable... en fin, así están las cosas... y perdona por lo de "amor", ya sé que no te gusta..., pero a mí sí... me encantaba llamarte "amor", un beso cariño (Besa la fotografía y lentamente la deposita sobre la mesilla. Coge la siguiente.) ... ¡Mira qué bien hemos salido los cuatro! Sobre todo tú... se nota que eres un hombre importante... un jefe de armas tomar. ¡Qué porte! Aunque se te ve un poco abatido. No, no, no te preocupes, lo noto yo porque te conozco y sé lo que te pasó... No, alguien que no sepa que te habían abandonado sólo puede ver en ti un hombre poderoso... la lástima es que sobre un hombre poderoso siempre hay otro con más poder todavía: Política, amigo. El mejor político es el que calla, otorgando y soportando jefes como tú, ¿ves? qué paradoja... un hombre como yo, al final es el único que sobrevive. (Pausa. Tira la última foto. Se incorpora y queda sentado en el borde de la

cama.) ¡Que conste que os lo repetí mil veces! Os estuve insistiendo hasta el final. Sí... vosotros y yo, gente joven, dispuestos a empezar de cero, desde las cenizas. Cobardes. *(Pausa. Se levanta.)* Alguno, alguien en algún lugar habrá sobrevivido... algún hombre inteligente. *(Risa nerviosa que se convierte casi en un gemido.)* No voy a ser yo el único... No, no, claro que no. *(Tranquilizándose.)* Sólo les hace falta un poco de tiempo, como a mí. *(Pausa. Rápidamente va hacia el espejo, se mira.)* Hola. *(Se aparta y se vuelve a mirar.)* Hola. *(Repite el proceso varias veces, hasta que queda quieto frente a él.)* ¿Dónde te habías metido? Empezaba a echarte de menos... Ya sabes que aquí si faltas se nota... *(Se acerca al espejo, buele su imagen como el que inhala perfume.)* ¡mmm! Hueles muy bien, ¿dónde has estado? No me vayas a decir que tú si te has atrevido a salir, ¿tú? No, no puede ser, somos lo mismo, tú y yo somos iguales. Dímelo, vamos, ¿dónde has estado? Hueles... hueles a mar, mar, agua, mucha agua y a sal, y hueles al sol poniéndose en el horizonte, y a la espuma de las olas. No me digas... ¿has estado en la playa? Sí, ¿sí? Como me gustaría tumbarme bajo el sol de julio, rebozarme en la arena como si fuera una croqueta y dormir... dormir hasta abrasarme la piel y entonces... entonces salir corriendo hacia la orilla y salpicarse con las gatadas de agua salada que se levantan al correr... ¡Ay! No sabes cómo he odiado las playas, las detesto y, sin embargo, hoy desearía con todas mis ganas convertirme en croqueta de arena... ¿Estamos en julio, no? Pues eso: "sapore di mare, sapore di sale". ¿Te parece carca? ¿A ti te parece hortera esta canción? Es que María no me dejaba nunca poner la cinta, donde estaban todas estas canciones. No me dejaba porque decía que los italianos -se refería a los machitos con rizos negros y camiseta de rayas, que cantaban estas cosas- eran unos macarras y que esta música era "un pastel", que era mucho mejor escuchar a U2, o a REM, o yo qué sé, pero eso no es Italia, estaba equivocada otra vez. Mira, siete años son siete años - porque nos llevábamos siete años, aunque no lo pareciera- y, quieras que no, la diferencia generacional se nota "amore". ¡No veas cuando le decía "amore"! ¡Cómo se cabreaba! Que si eso también es carca, que procurase que nadie me oyera decírselo, que parecía el

"The Godfather"
padrino... Pero esas canciones decían "amore" y a mi me gustaba, me da igual que no fuera moderno o progre... Yo nunca lo he sido. ¿Tú lo entiendes? *(Pausa.)* Al final tampoco he podido visitar Italia y todo por culpa de esta guerra. Tal vez algún día... *(Pausa.)* Entonces, ¿has estado en la playa? ¡Qué suerte! ¡Qué suerte! *(Se lava la cara. Se vuelve a mirar. De repente se da cuenta de que no ha pintado la cruz número cuatro, se acerca a la pared y coge el pincel: uno, dos, tres y... CUATRO. Se aleja como para mirarlas en perspectiva. Se queda un rato contemplándolas.)* ¿Sabes lo que te digo? Ya está bien de remordimientos y temblores, somos los mejores y estamos aquí cuatro días. Nos tomamos el café si nos da la gana y escuchamos la música que nos apetece, hablamos con quien nos da la gana, y hasta cuando nos da la gana nos vamos a la playa. Podemos montar en góndola y recorrer el Gran Canal, podemos..., podemos hacer lo que queramos, aquí, entre estas cuatro paredes. Mira, voy a poner música, sí, sí, de la que a mi me gusta. Ya sé que la radio está estropeada, pero yo he traído mi casete de pilas, igual que traje mi "olivetti", ¿te acuerdas? *(Abre un armario. Saca el casete, lo pone sobre la mesa y mete una cinta. Coge una vela, la enciende y la pone en el medio de la habitación. Suena la canción de "Il mondo", se pone a bailar, siempre alrededor de la vela, primero despacio, luego más rítmicamente y con movimientos exagerados, en ocasiones repite el estribillo, aunque se equivoca a menudo. Parece en éxtasis hasta que acaba la canción. Silencio. Entonces rompe a llorar y cae de rodillas, desesperado. Se acerca a un rincón y allí se acurrucar sentado con la cabeza entre las rodillas. Deja de moverse. La vela continúa encendida. Oscuro. Silencio.)*

VOZ.- Míralo. ¿Cómo ha llegado hasta aquí? Ha recorrido un camino que partía del deseo de sobrevivir y que ha terminado en una soledad ácida que lo agota, porque ahora, en este momento, empieza a comprender que tal vez sea eterna. Míralo. Ese hombre arrinconado en la oscuridad está tiritando frente a una vela. Una vela oscura. La luz no llega ni siquiera a ella... La cera de sus bordes parece no querer resbalar nunca más. Se ha perdido en sus anhelos... En un día del mes de julio, o en una noche, ni siquiera sus

recuerdos lo acompañan ya. Está completamente sólo en este día, o esta noche de julio.

(La vela se apaga. Oscuro.)

III

(Luz tenue. ALFREDO sigue en el rincón, mirando la pared izquierda donde está el espejo y el grifo, cuenta en voz baja.)

ALFREDO.- Trescientos setenta y ocho, trescientos setenta y nueve, trescientos ochenta... Trescientos ochenta azulejos azules y ruido de cañerías... Los he contado y recontado no sé cuántas veces, no me puedo equivocar, este es mi espacio, no puedo entrar ni salir, sólo quedarme aquí; conocerlo y reconocerlo. Por ejemplo: *(Se levanta poco a poco, con dificultad, como si estuviera entumecido.)* Ya sé que hay 380 azulejos, sé también que la radio está rota, *(Habla cada vez más mecánicamente y a mayor velocidad.)* y el ordenador y el video que conecta con el exterior. No puedo ver, ni oír, ni salir, porque no puedo abrir, creo, si no tengo ordenador y el ordenador, al igual que el vídeo y la radio, se ha estropeado casualmente, *(En un tono cada vez más alto. Pasea nervioso por la habitación, fro-tándose las manos.)* por lo que no puedo saber qué está pasando, ¡qué mierda está pasando! y por qué no viene nadie... Ah, pero ya está, ya sé lo que voy a hacer para romper este absoluto aislamiento... Aunque más vale estar aislado que con esos... que sólo quieren amargarme... Ahora, que esos ya no vuelven... se han acobardado. Claro, al final me puse serio y ya ves... Bueno, pues ya tengo la solución... no, si es que Alfredo no se da por vencido... porque Alfredo una vez que ha llegado hasta aquí no se achica... No, no, no. *(Se acerca a uno de los armarios y coge de dentro una llave inglesa. Se sube a una silla que ha colocado en el medio del escenario y se dispone a golpear las enormes cañerías que atraviesan el techo. Se queda quieto, no llega a hacerlo.)* Voy a hacer ruido, mucho ruido hasta que alguien de ahí fuera me escuche de una vez... Si no

funciona la técnica, lo conseguiré manualmente... A mí no me van a parar ahora (Pausa. ALFREDO, sobre la silla y con la mano en alto parece reflexionar, su gesto cambia poco a poco, de satisfacción a preocupación, angustia. Cae el brazo como muerto y abre la mano de la que deja caer la llave inglesa al suelo. ALFREDO se desploma y se sienta sobre la silla. Está como hipnotizado.) No... no me atrevo... No lo soportaría, no, un fracaso más no... Y si no viene nadie... No vendrá nadie, estoy seguro... Ninguno ha sido tan imbécil como para querer sobrevivir al final... (Pausa.) Y si... si ellos tenían razón... No, no es posible, han sido alucinaciones con las que yo he terminado... Los he olvidado a todos... ésta es mi condición... a ti también madre, a ti también te he tenido que olvidar para no volverme loco. (Pausa.) Han sido alucinaciones provocadas por el miedo, no hay duda... Fuera ha ocurrido un desastre, estoy seguro, todos han muerto... Todos menos yo. No puede ser de otra manera, yo he notado el temblor, hace ya casi cinco días, a las doce horas justas de entrar aquí... Si no es así, nada de lo que he hecho tiene sentido, es ridículo. (Pausa. Se levanta y mira a su alrededor.) ¿Qué hago yo aquí, qué historia he inventado? Fuera... fuera hace un sol espléndido: el mar, las risas, los coches y las luces de la noche... y yo aquí... YO, el último héroe que espera todavía que sus amigos le supliquen conmovidos que les lleve con él. El último héroe... un esperpento, degradado, una gota de agua muerta de sed en el desierto... El último egoísta, eso es lo que soy... me lo dijeron antes... Es ridículo... ¿Tú crees que es ridículo? (Se acerca al espejo, se mira y se da la vuelta.) Tú qué vas a creer. Yo sé quién eres tú, y quién soy yo: lo mismo. Pero no te enfades ni te ofendas, al menos me has hecho mucha compañía, aunque ya siento que no existes, ya no puedes hacer nada por mí. (Anda unos pasos hacia la mesa. Después se para, se da la vuelta y se dirige a la pared donde está el espejo. Se mira, lo coge y de espaldas lo tira al suelo. Se hace añicos. Pausa.) ¿Tengo que pintar otra cruz? Todavía no, o sí... No me acuerdo si ha vuelto a pasar un día... Aquí es todo un día laargoo, como un negativo: secuencias, secuencias, secuencias borrosas de un día que no se termina. (Pausa. Se acerca y va a pintar la cruz. Se detiene.) ¡Se

huele a humedad! Detesto este olor, y llevo cuatro o cinco días sumergido en aroma a enmohecido... hasta yo mismo huelo a podrido (Se huele las mangas y la solapa de la camisa, como si se convenciera de lo que está diciendo. Se acerca a la mesilla y coge el bote de las pastillas que María había dejado ahí.) Mira, mira mi macedonia de pastillitas... (Las agita y echa unas cuantas en la palma de su mano.) Proteínas... ¡Naranja! (Coge una y la tira.), vitaminas... ¡Verde! (La tira.), calcio... ¡Blanca! (La tira.), sustitutivos minerales... ¡AZUUUUL! (Tira hacia atrás todo el puñado.) ¡Ja! Una dieta completa de dos platos, postre y café enfundada en estas capsulitas (Coge una, la pone entre sus dedos y extiende el brazo como si se lo quisiera hacer ver al público.) que no sobrepasan el tamaño de una uña. He guardado... (Ríe.) he guardado miles de estas capsulitas por si tenía invitados... (Abre los armarios y tira los botes al suelo, nervioso. Ríe.) Sí, por si alguien me visitaba y rompía esta soledad contra mi voluntad... Cuatro, o cinco días y todavía no he probado ninguna... (Grave. Se queda quieto en el medio.) Es muy triste comer solo. (Pausa.) También tengo pastillas para el sueño... (Busca en el cajón de la mesilla hasta que encuentra el botecito.) Para conciliarlo, para dormir bastante y para dormir profundamente... depende de la dosis..., siempre depende de la dosis. (Deja el bote sobre la mesilla. Se dirige hacia la cortina, donde ya no se distingue ninguna silueta.) A vosotros sí que os he dormido bien, ¿eh? Me he controlado, basta de memorias y recuerdos, me ponen enfermo. Adiós, fantasmas. Porque ¿erais fantasmas, no? Pues claro, hombre. Tan pálidos, tan demacrados, tan pesados... ¿qué iban a ser sino fantasmas inoportunos? Pero no fantasmas de aquí (Se señala las sienas), no me hagáis creer que yo me lo guiso y yo me lo como, no, no... Vosotros sabréis de dónde habéis salido. Lo importante es que con vosotros he terminado. Como con mis memorias. Ya casi no me acuerdo de lo que estaba escribiendo, además creo que puse tantas tonterías... Llegué a creer que lo estaba haciendo bien... Os he largado a todos (Mira hacia donde estaba el espejo.) Para que luego digan que no controlo... ¡A todos! Ahora vuelvo a estar solo con mis dudas, sin saber qué hacer: (Con naturalidad. Dándose una expli-

cación a sí mismo.) No puedo salir y nadie, por ahora, quiere entrar (Cada vez más agitado.) La quiniela va aumentando, cruces, equis..., paredes de metal azul (Apoya con fuerza las dos manos en la pared y deja caer su peso sobre ellas como si hiciera flexiones. Habla en tono más bajo.) Mentiras, mentiras, mentiras, mentiras... (Se pone las manos en la boca, como un amplificador.) ¡Mentiras! (Escucha su eco y sigue gritando.) ¡Qué profundos son mis gritoosooooos! ¡Hago lo que quieeeeerooooo! (Se acerca a la cortina.) ¿Y vosotros? Perdonadme. Volved al menos vosotros, vamos, vamos, venid a decirme algo, a confundirme y a agobiarme, a reprocharme que me dejo el café, que la música que a mi me gusta está pasada o que fui un cobarde... ¡a lo que sea, pero venid! (Mira hacia el techo, con las manos otra vez en forma de amplificador.) ¡Eh! ¡Vosotros! (Va a subir a una silla, se detiene, se acerca al armario y saca una botellita de licor.) Menos mal que me he acordado de ti, con tanto lío se me había olvidado... Ven, vamos, aclárame la voz... (Bebe, bebe casi todo el contenido de la botella. La deja en la mesa y sube a la silla.) ¡Eh!, ¡eh!, ahí fuera ¿han tirado la bomba sí o no? (Pausa. No se escucha nada.) ¡Sí, sí! La han tenido que tirar. ¡Todos muertos y yo aquí esperando! ¡Eh! ¿Me escucháis? (Baja de la silla y repite como un autó-mata.) Música, música decadente que me aplaste la moral... ¡Pues a mí me encanta! ¡Odio la música que no puedo comprender! ¡Odio todo lo que no puedo entender! Esta música tiene melodía... (Ven-cido, se dirige al casete y lo enciende.) Es raro que la radio no haya vuelto a emitir ni un maldito ruido... se ha debido estropear definitivamente. ¡Bueno! (Comienza a sonar la canción: "Sapore di mare, sapore di sale". ALFREDO se sube a la silla, de rodillas en ella y de espaldas al público repite sin cantar y a gritos la última palabra de cada frase, como si intentara que se le escuchara fuera.)... MAAAA-REEEEE... ...SAAALEEEEE... (Después permanece en silencio, con la cabeza inclinada en el respaldo de la silla, la luz va bajando según termina la canción, hasta el oscuro. Silencio.)

VOZ.- Míralo, ahí está otra vez. El miedo le ha cegado y desea la muerte con la misma fuerza que hasta hoy la ha rechazado. La cuarta cruz, o la quinta. (Pausa.) Silencio... Ya no se oye nada... Ni

dentro ni en el exterior... Ni sus fantasmas ni los de fuera... Nadie ha llegado en estos días... cuatro eternos días... Si alguien como él hubiera sufrido este llanto subterráneo... Si alguien hubiera podido llegar hasta la madriguera de este topo abandonado... No... Míralo... Ese hombre no va a soportar ni un minuto más. (Silencio. La escena va iluminándose paulatinamente.) Míralo. Tumbado en la cama, vencido. Por fin la soledad ha conseguido apoderarse por completo de ese espacio inerte en el que yace ahora un hombre desesperado. (Pausa.) Pastillas... pastillas para dormir poco, mucho o para no despertar... Depende de la dosis. Descanso. Han pasado muchas horas. Nadie sabe cuántas porque nadie hay ya para contarlas. Pastillas para dormir. Míralo. Espera, escucha. Míralo. Se ha dormido sin saber. Sin sentir los golpes desesperados. Espera, escucha. (Suena una canción, cada vez más fuerte y luego más débil, hasta convertirse en un susurro. Se escuchan unos golpes, profundos, férreos, como de una llave inglesa chocando contra una cañería de hierro. ALFREDO no se inmuta, continúa tirado en la cama, boca abajo, el bote de las pastillas está en el suelo, su mano cuelga de la cama, dormida, muerta. La música es cada vez más un sonido de fondo y los golpes más fuertes, estridentes. La voz continúa, lentamente, saboreando cada una de las palabras.) Pastillas para dormir... Espera, escucha... ¿Oyes? ¿Qué es eso? ¿El eco de sus deseos o ecos de realidad? No sé. Escúchalos. (La canción se termina y automáticamente, tras un pequeño silencio se enciende la radio que emite ruidos, primero casi imperceptibles, luego, cada vez más fuertes, cesan los golpes, ruidos muy fuertes, RUIDOS. Oscuro.)

SEMINARIO MULTIDISCIPLINARIO
JOSE EMILIO GONZALEZ
FACULTAD DE HUMANIDADES
UNIVERSIDAD DE PUERTO RICO
RECINTO DE RIOPIEDRAS